

Boletín mensual ilustrado. — Director-propietario: D. SALVADOR CASTELLÓ Y CARRERAS

Revista premiada con Diploma de Honor y Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Avicultura de Bruselas (1897) y de Oro en la Internacional de Madrid (1902)

Órgano de la Real Escuela oficial de Avicultura y de la "Sociedad Nacional de Avicultores Españoles"

España, al año, 8 pesetas ★

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

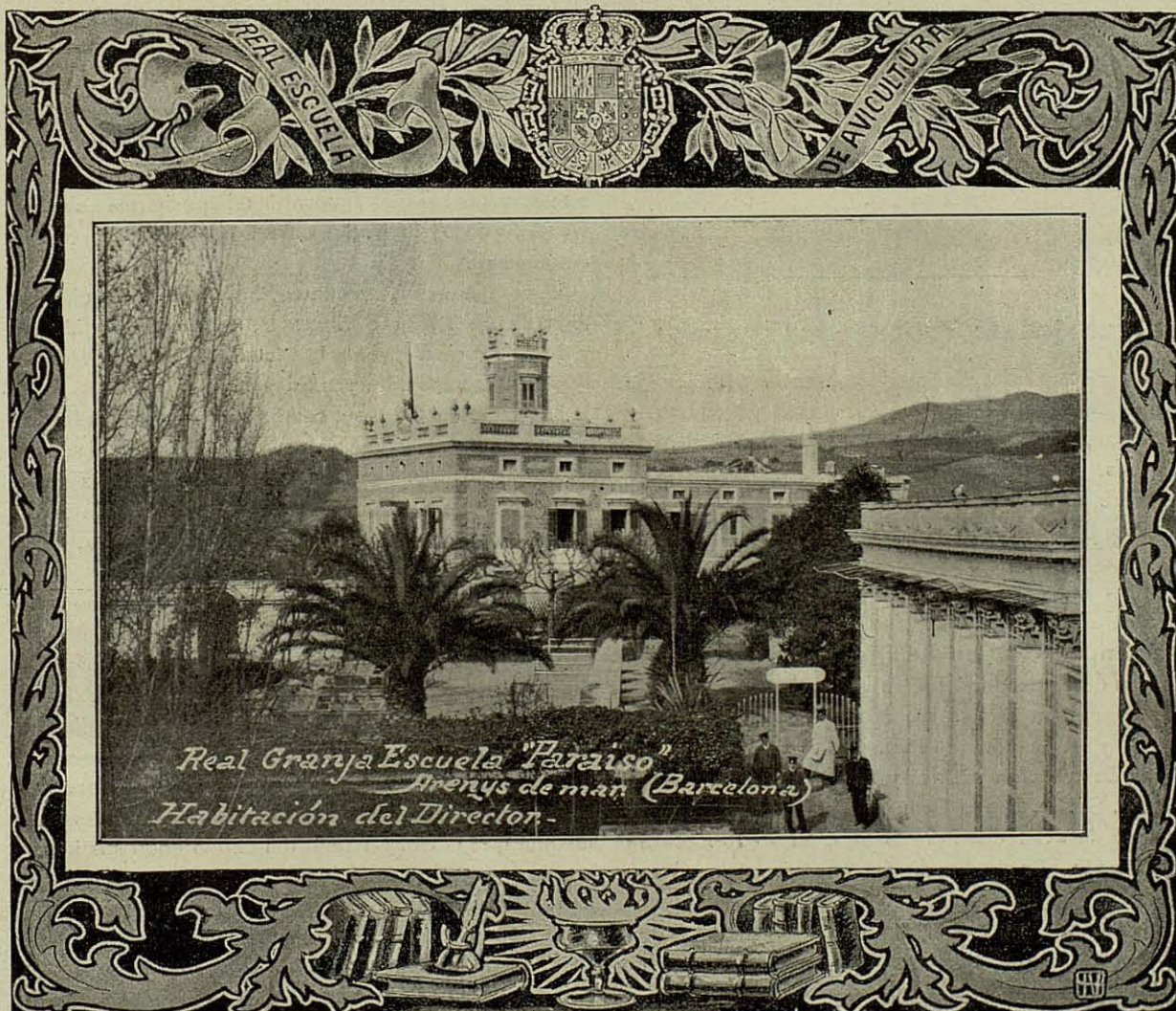
REAL GRANJA PARAÍSO, ARENYS DE MAR (BARCELONA)

★ Extranjero, 10 pesetas

Año XIII

Marzo de 1908

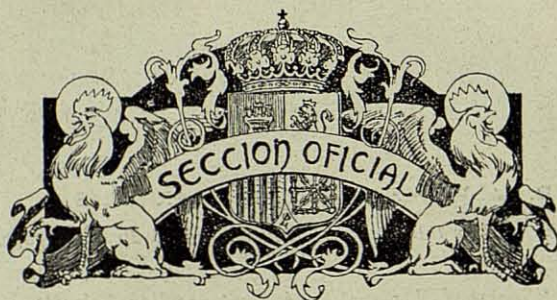
Núm. 140



DE LA COLECCIÓN DE TARJETAS POSTALES DE LA REAL ESCUELA OFICIAL DE AVICULTURA DE ARENYS DE MAR

SUMARIO

SECCIÓN OFICIAL: Real Escuela Oficial de Avicultura. Curso de 1908. — Trabajos de Propaganda avícola. — SECCIÓN DOCTRINAL: Condiciones y tratamiento de los huevos en las incubadoras artificiales, por Salvador Castelló. — Memorias de un palomero (continuación), por Salvador Castelló.



Real Escuela Oficial de Avicultura

CURSO DE 1908

La Dirección previene á los señores alumnos matriculados que por todo el día 31 del corriente mes deben personarse en la villa de Arenys de Mar para asistir al acto de la apertura del Curso, que tendrá lugar el 1.º de abril á las 4 de la tarde y á los demás interesados, que la matrícula sigue abierta en Secretaría hasta el día 31 del corriente á las 7 de la tarde.

Arenys de Mar 1.º marzo de 1908.

El Secretario,
FELIPE FERRER

Trabajos de Propaganda avícola

Han comenzado en Cataluña serios trabajos de propaganda avícola entre las clases populares y agrícolas, y de ellos caben esperar excelentes resultados.

Existe en Barcelona una entidad llamada «Junta de Estudios Universitaris Catalans», que por medio de conferencias públicas va propagando determinados conocimientos interesantes al país, dedicándose aquéllos á las personas cuyas ocupaciones ú profesión no les permite asistir á las aulas de los centros docentes donde se explican.

Subvenciona dichos trabajos la Diputación provincial y el acaudalado industrial, ex Delegado regio de Instrucción pública y ex Diputado á Cortes Excmo. Sr. D. Pedro Grau Maristany, quien con el nombre de «Cátedra Pere Grau», ha instituido esas enseñanzas por medio de conferencias de carácter agrícola, que deben darse en los pueblos de la provincia por personal competente en cada una de las especialidades que se juzgue conveniente propagar.

Por esta vez se ha fijado la atención en la Avicultura, y habiéndose encomendado á la Cámara Agrí-

cola oficial del Vallés, que organizara una conferencia sobre la crianza práctica de las aves de corral, ésta eligió el pueblo de Palau Solitar, distante unos 30 kilómetros de Barcelona, y encomendó el trabajo á nuestro Director D. Salvador Castelló.

La Conferencia tuvo lugar el 29 del corriente mes y constituyó una verdadera solemnidad, cuyos ecos bien merecen llegar á conocimiento de nuestros lectores.

El Sr. Castelló, acompañado de algunos amigos, llegó al pueblo de Palau Solitar, delicioso lugar situado en plena comarca del fértil Vallés, siendo recibido por el Ayuntamiento en pleno, autoridades judiciales y eclesiásticas, una Comisión de la Cámara Agrícola del Vallés y numerosos vecinos.

Hechas las presentaciones y formulados los saludos de rúbrica, la comitiva recorrió los bonitos alrededores de la población y visitó la casa de campo de D. Jaime Padró, hermoso tipo de las casas de labranza catalanas, donde visitó un hermoso gallinero en pleno campo, en cuyo punto el Sr. Castelló comenzó á dar algunas explicaciones y consejos de carácter prácticos oídos con gran atención por sus acompañantes.

De regreso á la población, el Ayuntamiento y la Cámara Agrícola del Vallés obsequiaron al conferenciante con un espléndido banquete.

A las tres de la tarde comenzaron á llegar numerosos grupos de payeses, y gran número de propietarios y agricultores ricos de las cercanías, presentando la población animado aspecto y oyéndose en todas partes las más favorables disposiciones en favor del punto que el Sr. Castelló debía tratar en su conferencia.

Esta comenzó á las cuatro, bajo la presidencia del Alcalde de Palau Solitar, D. Juan Oliver Malla y del Vicepresidente de la Cámara Agrícola del Vallés D. Francisco Torras Sayol.

La sala en que se celebró estaba atestada de gente, que recibió con una salva de aplausos al señor Castelló, cuya presentación hizo en términos muy lisonjeros el ex alumno de la Real Escuela de Avicultura y agricultor distinguido de la comarca, don Alfonso Mas.

El tema de la Conferencia dada por nuestro Director fué, la «Conveniencia del mejoramiento de las razas de gallinas del país y el aumento de la producción aviar, como elementos de riqueza rural» y durante su desarrollo, que duró hora y media, el público, formado en su mayor parte por gente sencilla del campo, pero concedora de la materia, guardó silencio absoluto, aumentando su interés á medida que el Sr. Castelló iba exponiendo sus ideas con las que coincidía á juzgar por las manifestaciones de aprobación del público, y al terminar le tributó una entusiasta manifestación de simpatía prolongándose por largo rato los aplausos.

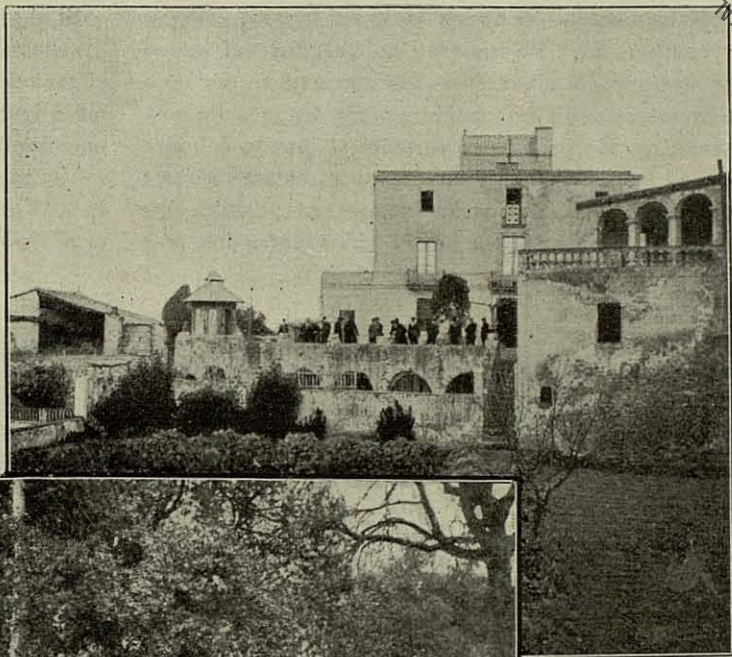
Atendida la calidad del público, el conferenciante hizo uso de la palabra en lengua catalana, y en el

decurso de su peroración ilustró la Conferencia con la exhibición de grandes láminas, en las que en tamaño natural y en sus propios coloresse mostraba cada una de las razas de gallinas de que iba hablando, cuyos caracteres más salientes y cualidades de paso fué enumerando.

El acto terminó con dos sentidos discursos pronunciados por el Vicepresidente de la Cámara Agrícola del Vallés, señor Torras Sayol y por el señor Alcalde de Palau Solitar, don Juan Oliver, quienes ensalzaron la labor de D. Salvador Castelló, y alentaron al público á seguir sus enseñanzas.

Terminada la Conferencia, rodearon al conferenciante varias señoras y señoritas aficionadas á la Avicultura, á todas las cuales el Sr. Castelló atendió resolviéndoles las consultas que en lo particular cada una de ellas le iba formulando.

Poco rato después se emprendió el regreso á Barcelona, y en el acto de partir el tren tributáronse á nuestro Director nuevas manifestaciones de simpatía y de gratitud por el interés demostrado en favor de las clases agricultoras de aquella comarca.



Don Salvador Castelló y la comitiva dirigiéndose al «Manso Padró», situado en las cercanías de Palau Solitar

Comparados los aparatos de incubación á las máquinas fotográficas, puede verse que siendo buenas las cámaras y los objetivos en manos de un aficionado darán muy buenos clichés y en las de otro fracasan casi

siempre. La inteligencia del operador y su carácter observador, paciente y tranquilo, son un factor importantísimo en materia de incubación. Cuando tales circunstancias concurren, si la máquina *sostiene bien el calor* y reúne buenas condiciones para la *ventilación* y la *humectación* de los huevos, los resultados han de ser buenos, siempre que los huevos hayan sido debidamente tratados y estén en condiciones.

Vamos, pues, á recordar las que deben reunir.

FECONDACIÓN.—No todos los huevos que ponen las gallinas han sido debidamente fecundados. Esto ocurre cuando los gallos son viejos, cuando el corral es demasiado grande y las gallinas escapan á la acción del macho ó cuando están en escaso número con respecto á ellas y muchas veces los gérmenes salen sin fecundar, y entonces claro está que nada cabe esperar de ellos.

VIGOR DEL GERMEN.—Aun siendo el germen fecundado, puede darse el caso de que éste resulte flojo de concepción y de fecundación.

Sección doctrinal

Condiciones

y tratamiento de los huevos en las incubadoras artificiales

Nos hallamos en pleno período de crías y conviene refrescar la memoria sobre algunos puntos interesantes en materia de incubación.

Con frecuencia se acusa á las incubadoras artificiales del mal éxito obtenido en las incubaciones, siendo así que muchas veces depende de las malas manos del operador, y, por lo general, de las condiciones de los huevos confiados al calor de las máquinas, así como del tratamiento que á los mismos se ha dado durante el período de la incubación.

FRESCURA. — El huevo ha de ser fresco, esto es, recién puesto. En invierno la frescura del huevo se sostiene durante tres ó cuatro semanas, pero en tiempos de calor se considera viejo después de una semana. En primavera y otoño se puede calcular que el huevo conserva su frescura durante quince días. De todos modos, en cuanto sea posible, los huevos á incubar deben ser elegidos entre los más

Si el germen es vigoroso, se mueve por sí solo, los vasos sanguíneos se perciben bien coloreados, y el aspecto del huevo, visto al trasluz, es sano, destacándose muy bien sobre el fondo claro la silueta negruzca del embrión.

VOLTEO DE LOS HUEVOS. — Es cosa por demás sabida la necesidad de dar vuelta á los huevos durante el período de incubación.



El conferenciante D. Salvador Castelló y los Sres. Padró y Sobregrau visitando el gallinero en el Mansó Padró

frescos, y si puede ser, del día ó de tres ó cuatro días. Con éstos se obtienen siempre mejores resultados y polluelos más vigorosos.

El huevo fresco se conoce fácilmente en su transparencia y en el desarrollo y posición de la cámara de aire, siempre imperceptible en el huevo recién puesto, así como á simple vista pueden desecharse aquellos cuya cáscara, forma ó tamaño no reúna condiciones, pero no se puede decir lo mismo en lo tocante al vigor del germen, del cual no puede juzgarse hasta transcurridos los cinco ó seis primeros días de incubación.

FORMAS Y VOLUMEN. — Deben rechazarse los huevos de forma defectuosa, los de dos yemas y los de cáscara rugosa, así como los excesivamente grandes ó demasiado pequeños. Los de cáscara débil deben también separarse, pues podrían romperse, y además, dada la delgadez de aquélla, la evaporación es más rápida y no suelen dar buenos resultados.

Por lo general, se voltean desde el primer día, pero ello no es necesario y hasta es mejor esperar para el primer volteo á que se cumplan las veinticuatro horas de haber colocado los huevos en la máquina.

¿Hasta qué punto ha de alcanzar el volteo?

Se suele voltear el huevo dándole una media vuelta completa, esto es, lo que estaba abajo pasa arriba y viceversa.

Tal vez ello no sea del todo necesario, y así lo recomienda un tratadista inglés, que cree más ventajoso no darles más que un cuarto de vuelta.

En verdad, como el objeto del volteo es evitar que el embrión quede comprimido contra las membranas internas de la cáscara por efecto de su menor peso, en relación con los líquidos que llenan el resto del huevo, con dar sólo un cuarto de vuelta ya ello se alcanza. La gallina, en verdad, apenas si llega á darles ese cuarto de vuelta.

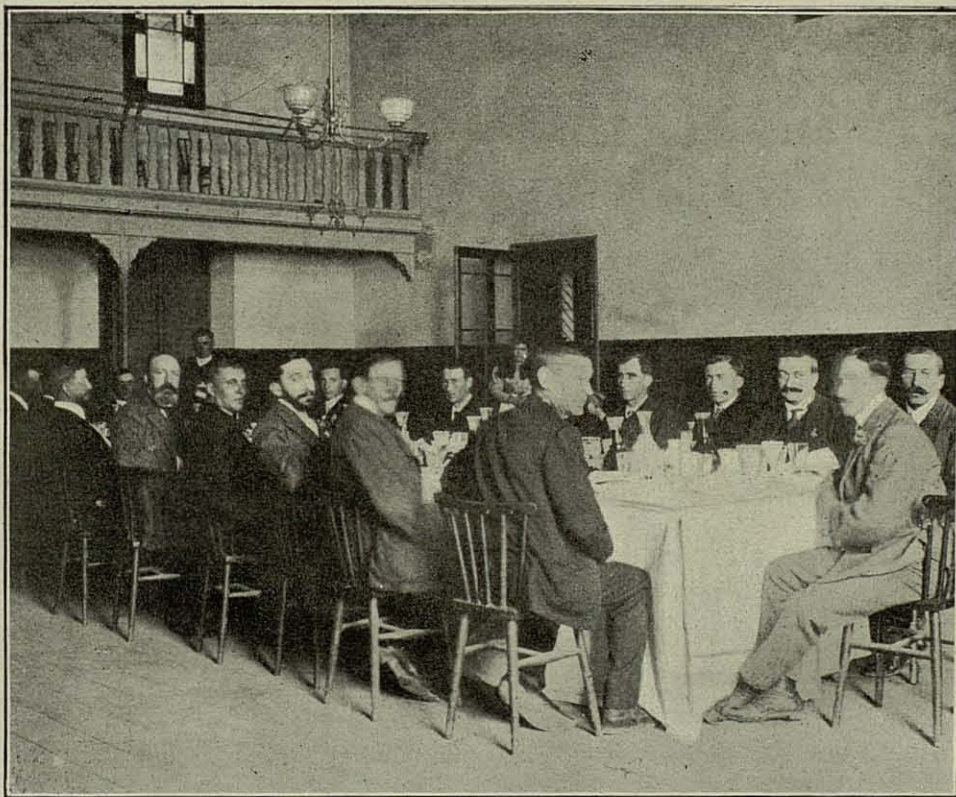
De todos modos, se recomienda siempre el mayor cuidado en la operación, pues un movimiento brusco ó un golpe puede ser fatal al débil ser que va des- arrollándose.

Al voltear los huevos es, además, necesario cam- biarlos de sitio, conforme los cambia también la clueca por natural instinto. Esta segunda opera- ción requiere tanto ó más cuidado que la primera. Los huevos deben levantarse de su sitio con toda

tanto rato se les dejaba fuera) á la temperatura am- biente del cuarto ó sala de incubación.

De ello se desprende, pues, que en los meses fríos, con cinco ó seis minutos ha de bastar, pero en los meses calurosos, cuando la temperatura de la sala se sostenga alta, hasta puede pasar de diez y aun llegar á quince minutos.

La aireación ó ventilación de los huevos da vigor á los gérmenes, contrarresta los efectos de la exce-



Banquete en obsequio de nuestro Director, organizado por el Ayuntamiento de Palau Solitar y la Cámara Agrícola Oficial del Vallés

suavidad, posándolos luego en el que les corres- ponde con el mismo cuidado. Se debe procurar que los huevos que estaban en el centro pasen luego á los lados del cajón y viceversa. Ambas opera- ciones deben practicarse con rapidez para que los hue- vos no se enfríen demasiado.

En algunos sistemas de incubadoras el cajón lleva un volteador automático que facilita la operación, pero el cambio de sitio debe hacerse de todos modos á mano y por ello yo siempre he preferido el volteo á mano, pues cabe simultanear ambas operaciones.

VENTILACIÓN. — La ventilación ó aireación de los huevos es tanto ó más necesaria que el volteo y cambio de sitio. La experiencia lo demuestra y los resultados lo comprueban.

Esta ventilación tiene efecto en los momentos en que se practica el volteo. Durante los mismos, los huevos, al quedar fuera de la acción del calor de la máquina, bajan de temperatura hasta colocarse (si

siva humedad que pueda haber en la cámara de in- cubación y produce los efectos que en la incubación natural dan la permanencia de la clueca fuera de los huevos durante el tiempo que emplea en comer y cu- brir sus necesidades.

Cuando el aparato tiene volteador automático, muchas veces los operarios descuidan ese importan- te detalle, pero en los que el volteo se hace á mano, forzosamente tienen que ventilar los huevos al sa- carlos de la cámara de incubación.

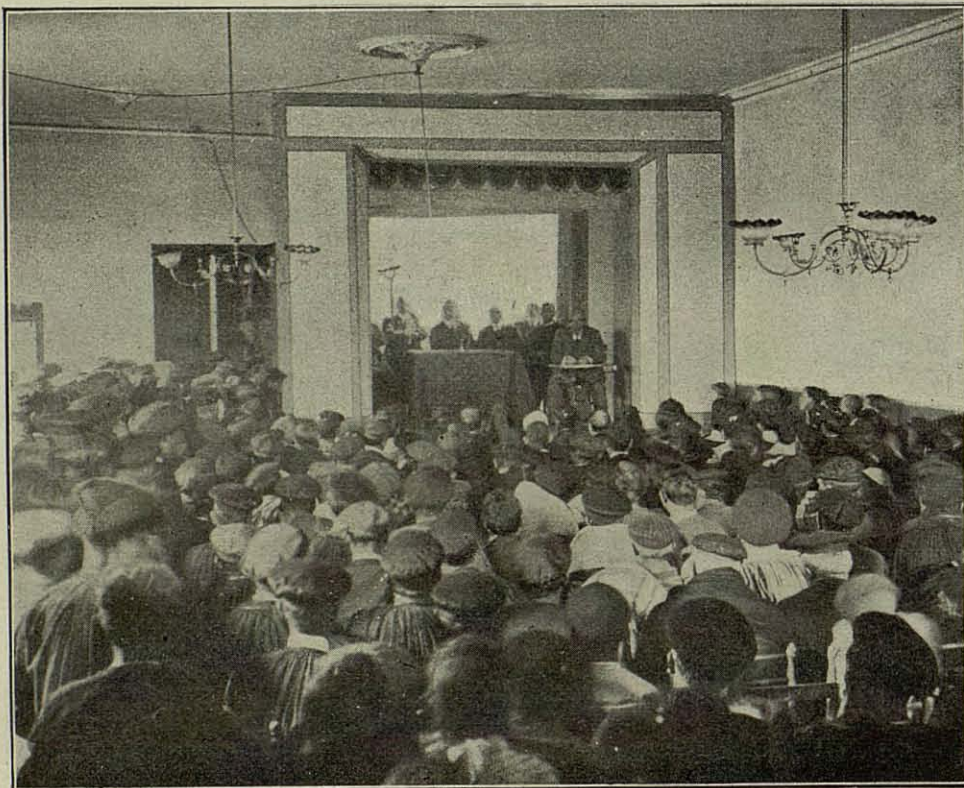
Mientras los huevos se ventilan, no es necesario que la máquina esté cerrada, antes por el contrario mejor es que quede abierta para que así se renueve mejor el aire contenido en la cámara de incubación, pero como al entrar aire á la temperatura del am- biente de la habitación, se baja bastante la tempe- ratura de la máquina, será bueno darle un poco más de calor durante los primeros momentos, pero con gran cuidado, pues como la temperatura vuelve á

subir pronto, hay que vigilar para que no pase de la graduación debida.

HUMECTACIÓN. — Tanto ó más importante que la ventilación, resulta serlo la *humectación* de los huevos.

Debiendo ser la incubación artificial un simple remedio de la natural, y siendo el calor animal un calor húmedo, es forzoso que el que artificialmente se produce lo sea también.

Si la máquina tiene una buena ventilación y el aire es ya húmedo en la sala, cabe suprimir la humectación directa de los huevos; pero si, por el contrario, la atmósfera está muy seca y de su parte el aparato tiene escasa ventilación, será tanto más necesario dar humedad directa á los huevos en la misma cámara de incubación, y para ello se recurre á los platillos metálicos que contienen alguna cantidad de agua que se va reponiendo á medida que se evapora,



La Conferencia avícola de Palau Solitar el 29 del corriente

Lo difícil en este punto es el fijar el grado de humedad que debe darse á los huevos. De ello dependen muchas veces el éxito de la incubación, y como no cabe dar reglas fijas, pues debe variar según las circunstancias, de ahí que sea este el punto culminante de la incubación y que sólo puede resolver el operador según los dictados de su propia experiencia.

Voy, sin embargo, á dar algunas indicaciones sobre el particular.

Hay sobre este punto las más opuestas teorías, y mientras unos sostienen que hay que dar humedad á los huevos desde los primeros días, otros creen les es del todo innecesaria si la ventilación ha sido buena, creyendo, finalmente, otros, que no debe darse humedad los primeros días, pero sí los últimos.

Claro está que todo depende de las condiciones del aparato y del grado de humedad del aire en la sala de incubación.

á las esponjas ó paños empapados de agua y á otros medios adecuados á la cabida de la cámara de incubación.

La experiencia ha demostrado de todos modos que en los primeros días la humectación no sólo es innecesaria sino peligrosa.

Yo la he recomendado hasta ahora á partir del décimo día, pero los ingleses y los norteamericanos la extreman no dándola hasta los diez y siete días.

Hay quien cree que el mayor ó menor desarrollo de la *cámara de aire* que se observa en el huevo en la punta más redondeada y grande, puede servir de guía al operario.

Fúndase esta teoría en que, aumentando el espacio de la misma, con la evaporación de los líquidos que contiene el huevo, si ésta es grande y bien visible al examinar el huevo al trasluz, revela el grado de evaporación y, por lo tanto, cuanto más alto sea éste, menos humedad debe darse al huevo.

En realidad, esta teoría tiene un buen fundamento y puede servir de guía al operario amante de la observación.

Vaya, pues, como consejo final, el de no dar humedad antes de los diez días por seco que esté el aire ambiente, y entonces darla si se cree necesaria; pero si el tiempo fuera húmedo, retrasarla hasta los diez y siete.

Si hubiere el cuidado de regar el pavimento de la

precisarse qué temperatura es más conveniente, que se acerque á los 37 ó á los 40.

Fundándome en la observación del calor de la clueca en incubación, yo siempre recomendé que en los primeros siete días se sostuviera la máquina sobre los 39 y 40, en la segunda semana á 38 y 39, y en la tercera sin dejarla bajar de los 38, no he creído nunca que pueda perjudicar al germen que llegue á bajar hasta los 37, en tanto vuelva luego á los 39 ó



A la salida de la Conferencia de Palau Solitar

sala á diario á partir de los diez días, tal vez hasta podría suprimirse del todo la humectación.

Como puede verse, punto es ese que no admite reglas fijas, pues en la práctica se estrellarían contra los efectos del clima en las distintas comarcas en que se pusieran en práctica, contra las condiciones de la máquina en cuanto á ventilación, y hasta contra las cualidades del huevo, pues según las condiciones de la cáscara variarían los resultados.

Es, pues, una cuestión de propia experiencia. Según los casos y partiéndose de las indicaciones formuladas, yo entiendo que cada operador deberá obrar según las circunstancias y lo que sus propias observaciones le hayan enseñado.

TEMPERATURA. — Considérese cuán importantes es este punto, si de él depende principalmente el éxito de la incubación.

Desde luego es cosa sabida que la incubación tiene lugar entre los 37° y 40° centígrados, pero debe

40 en el último día. Esta es mi teoría, y en ella fundo mi adhesión á los reguladores automáticos que sostienen fijamente la temperatura durante todo el período de incubación á un mismo grado; pero debo reconocer que he visto también obtener excelentes incubaciones sosteniéndose la máquina durante los veintiún días entre los 39 y los 40 grados.

Muchos se alarman cuando la temperatura se eleva á 41 y 42 y más aún si llega á 43, así como cuando el termómetro baja á 36 y hasta 35, pero la experiencia me ha hecho ver que si sólo es cuestión de unas horas, y sobre todo, al principio de la incubación, los gérmenes no se malogran y el resultado puede aún ser bueno.

MIRAJE DE LOS HUEVOS. — Esta operación, cuyo objeto es el de apreciar si el huevo es susceptible de dar un polluelo, se practica, por lo general, sobre el sexto día en la forma que sobradamente conocen nuestros lectores, y desechados los huevos claros ó

no fecundados y los falsos gérmenes ó de embrión muerto en los albores de su desarrollo, se dejarán sólo en la máquina aquellos que acusen la existencia de un germen vivo y en pleno desarrollo.

Un segundo miraje á los catorce días es también cosa recomendable, pues entonces pueden separarse ya los que, por haberse malogrado el germen, no nacerían ya, quedando sólo aquellos de los que puede esperanzarse el nacimiento.

ÚLTIMOS CUIDADOS. — Deben comenzar éstos en cuanto se empieza á percibir el débil *piar* de los más avanzados, ó se ve algún huevo ya picado.

Como regla general debe recomendarse en tal momento la mayor sangre fría. Nada de violencias, nerviosidades ni impacencias; calma y serenidad, por el contrario.

No se abrirá la máquina más de lo regular, y conforme se vino haciendo durante la incubación, se voltearán los huevos con mayor cuidado, si cabe, y hasta mejor es no voltear más que aquellos que, por resultar ya picados, se les deba poner el punto en que la cáscara presente la picadura, hacia arriba, llevando todos los huevos picados hacia la parte del cajón que primeramente salga al tirar de él.

Muchos, en cuanto ven un huevo picado, creen que el polluelo debe nacer en el acto.

Eso es un error. El polluelo puede haber picado pero no estar aún en condiciones de nacer, y, por lo tanto, el quererle sacar del huevo por temor á que se ahogue, resulta impropio en cuanto no se justifique la necesidad ante la resistencia de la cáscara.

Para ello es necesario esperar hasta diez y ocho horas después de la picadura. Por lo general, ésta tiene lugar de ocho á diez horas antes del nacimiento normal ó feliz.

Si transcurrido aquel plazo máximo el nacimiento no viene, puede favorecerse depositando unas gotitas de agua caliente sobre la cáscara y alrededor de la rajadura. Esto es mejor hacerlo con un pincelito fino y procurando que el líquido no penetre en el huevo.

Si ello no diere resultado, se podrá entonces ensanchar la hendidura, pero con los mayores cuidados, y si se ve que en la membrana primera no hay sangre y el pico del polluelo está bien visible, entonces se levantará más cáscara hasta que por la abertura pueda pasar la cabeza del nuevo ser; se le cogerá por el pico con los dedos índice y pulgar y se le sacará la cabeza fuera sin estirarle demasiado el cuello ni pretender sacar todo el polluelo, cosa que podría originarle la muerte. Luego se volverá el huevo á la cámara de incubación, y al poco rato el polluelo saldrá por sí mismo.

Al nacer los polluelos, salen del cascarón mojados. El mismo calor de la máquina los seca casi en el acto. A medida que nacen se les saca del cajón y se les va colocando sucesivamente en el secadero, el cual unas veces utiliza el mismo calor de la incubadora ó forma aparato aparte.

Hay quien cree que el polluelo debe comer en el acto ó poco después de haber nacido.

El simple recuerdo de que durante la incubación el embrión ha venido alimentándose de la yema, la cual no se consume en su totalidad hasta el mismo día del nacimiento, dará á comprender que mientras queden en el estómago del nuevo ser restos de yema ó *vitellus* aun no asimilados, puede perfectamente pasar muchas horas sin comer ni beber, y por lo tanto, mejor es que acaben de sostenerse con lo que aún les quede de aquélla.

Pasadas veinticuatro ó treinta horas, si debe dárseles de comer, y aun á las doce horas será bueno darles ya agua caliente, que ellos mismos sorben sin necesidad de enseñarles á tomársela, y como quiera que su estómago es aún muy débil para digerir determinadas substancias, sólo se les dará huevo cocido hasta endurecerlo y luego triturado, á lo sumo un poco de miga de pan remojada en agua ó leche, siguiéndose con tal alimentación durante tres ó cuatro días, después de los cuales el polluelo, ya en la hidromadre ó en el local apropiado en que se le piense albergar, podrá recibir como alimentos las pastas de harina de maíz ó de cebada, y los demás alimentos y bebidas que se conocen ya y recomiendan como los más ventajosos hasta el término de su crianza.

*
* *

He aquí algunas notas prácticas que no dudo os podrán ser útiles y que ampliaré en cuanto alguno de nuestros lectores se sirva indicarme el punto sobre el cual quiera mayores detalles.

Su lectura facilitará ciertamente el buen manejo de las incubadoras artificiales y contribuirá á evitar los frecuentes fracasos que se registran entre los que las poseen y por falta de buenos consejos no saben obtener de ellas mejores resultados; pero lo repito, si no bastaren, hálleme dispuesto á ampliar estas notas en los puntos que se me señalen.

Hasta hace pocos años la incubación artificial ha seguido gozando del rutinario descrédito con que trataron de acogerla sus contrarios, pero poco á poco se ha ido imponiendo y hoy, mal que les pese, se ha impuesto por sí misma.

Otro tanto puede decirse de la cría artificial de los polluelos nacidos sin madre, contra los cuales tanto se lleva dicho y escrito.

Las polladas huérfanas salen tanto ó más buenas que las de clueca si el avicultor ha sabido conducir las con los debidos cuidados y un adecuado tratamiento.

De ellas me ocuparé en otro artículo en donde procuraré sentar bases tan prácticas como en el que con estas líneas termino.

SALVADOR CASTELLÓ

Memorias de un Palomero (continuación)

Al amanecer del siguiente día, acompañado, como en todas sus excursiones, de D. Antonio Maura, presidente del Consejo de ministros, del de Marina señor Ferrándiz y de su brillante séquito, el rey tomó el tren real que por la vía del litoral debía conducirlo á Rosas por Gerona y Figueras, cuyas playas se proponía visitar.

Todos los que en Arenys de Mar hemos nacido tenemos por nuestra querida villa singular predilección. Nada tuvo, pues, de particular que yo quisiera hallarme entre mis compatriotas cuando al paso de S. M. por Arenys debía detenerse breves instantes para recibir el homenaje de los habitantes de aquella comarca.

Todo el pueblo se hallaba en la estación. El Ayuntamiento en pleno, las autoridades, y con ellas, las personas más importantes de la localidad, esperaban en el andén la llegada del rey, que fué saludado con entusiastas aclamaciones.

Mi singular uniforme colombófilo llamaba extraordinariamente la atención de mis conciudadanos.

— ¿Dónde vas en traje de campaña? — me preguntaban unos. — ¿Pues no debías ir con el séquito del rey? — refunfuñaban otros. — ¿A qué has venido? — ¿Irás con el rey? — seguían preguntándome los más. — Yo á todos respondía con evasivas.

No era, en efecto, mi proyecto tomar asiento en el tren real, pues no se me había dado orden para ello, ni mucho menos recibido tan honrosa invitación, pero llegó en eso el tren, vióme el Rey confundido entre los del pueblo, y en el acto me hizo seña de acercarme.

— ¿Qué hace usted aquí?

— En primer lugar, formar al lado de mis compatriotas, que hoy saludan á V. M., y luego, esperar el tren que pasará en breve para dirigirme á Rosas, donde embarcaré esta noche.

— ¿Y por qué no viene usted con nosotros? — preguntóme D. Alfonso con afectuoso acento.

— Señor — repuse á mi vez, — porque no me atreví á tomar el tren real sin previa orden ó permiso.

— Pues ande usted hombre; ande usted, véngase con nosotros.

Y así fué cómo mis conciudadanos pudieron decir luego con razón: «El Rey se ha llevado á Castelló».

Después de recoger palmas, vítores y flores en la inmortal Gerona y en la plaza de Figueras, donde se recibió el aerograma con que la «Colombófila de Cataluña», le saludaba al comenzar el servicio, la expedición regia llegó á la bahía de Rosas cuando anochecía.

Con el amigo y compañero Puentes, el fotógrafo colombófilo, y algunos periodistas, embarcamos, llegando á la borda del *Giralda* antes que S. M.

El sol había ya traspasado su ocaso, la noche tendía su obscuro manto sobre las olas, y las embarcaciones semejaban negros fantasmas flotantes en el mar.

En el *Giralda* nose notaba apenas movimiento alguno.

El barquillero, manejando suavemente los remos, manteníase á corta distancia del yate real, y era tal el silencio en el buque, que hasta llegamos á dudar de si el Rey estaba ya á bordo.

De pronto, nos pareció que hasta nosotros llegaba un lejano rumor de voces y aplausos; prestamos atención y no tardamos en convencernos de que Don Alfonso XIII llegaba á Rosas. Pensamos entonces en volver á tierra y dimos orden de bogar recio hacia el em-

barcadero. Pocos momentos después nos llamó la atención el acompasado remar de una falúa que venía contra dirección, con rumbo al *Giralda*.

Ya era de noche; sin embargo, á la tenue luz de la luna pálida y apenas visible, creímos percibir en el bote la figura del Rey que lo patronaba en persona. Al cruzar con nuestra embarcación le reconocimos firmemente; como impulsados por un resorte, nos pusimos de pie, agitamos los sombreros y dimos un ¡Viva el Rey! que se perdió en la inmensidad de



S. M. el Rey D. Alfonso XIII, Presidente Honorario de la Federación Colombófila y de las Sociedades colombófilas españolas.

aquel puerto, emporio de riqueza en otros tiempos y hoy aun tan codiciado *por los reyes del mar*, que anualmente lo visitan.

En el *Giralda* sonó un pito, que daba la señal de la llegada de S. M.; se oyó el correr de la gente de guardia que formó en lo alto de la escalerilla, y sin más honores, á la silenciosa, el rey entró en su buque, para descansar de las rudas fatigas de aquella primera jornada.

Por la noche, Rosas estuvo de fiesta. A la luz de antorchas y faroles venecianos, los ampurdaneses festejaban al soberano, bailando en la playa sus típicas sardanas.

De niño conozco ese baile original en el que, como decía en cierta ocasión un director general que visitó Figueras, se refleja el carácter catalán, pues *hasta cuando baila cuenta*. Nada tuvo, pues, de extraño que al oír los cadenciosos sonidos del tamboril y la *tenora*, mis piernas se sintieran electrizadas, y sumándome á una rueda de hombres solos, me entregara, muy seriamente en ciertos momentos, al goce del típico baile de mi tierra.

Cuando la fatiga nos rindió nos retiramos á descansar unas horas, y antes de rayar el alba embarcamos en el *Río de la Plata*, donde se tenía sitio reservado para mí y mi compañero en el servicio de telegrafía alada.

El rojo disco del astro del día asomaba apenas sobre las tranquilas aguas del golfo, cuando notóse á bordo extraordinario movimiento. La gente iba ocupando sus correspondientes sitios y se esperaba de un momento ó otro la orden de levar anclas.

Desde el *Giralda* se dió la señal, sonó un cañonazo é izáronse las banderas en los buques que formaban la escuadrilla del Rey; el yate real se puso en marcha y pasó majestuosamente á babor del *Río de la Plata*, cuya tripulación se hallaba preparada para tributar los debidos honores á S. M. toda vez que se le viese sobre el puente.

Como el Rey descansaba aún, volvieron todos á sus puestos; el crucero púsose á su vez en movimiento, y tras él abandonaron el puerto el *Temerario* y el transatlántico *Joaquín de Piélagos* en el que seguía á la escuadrilla el marqués de Comillas y los invitados que con él llegaron la noche antes de Barcelona, para escoltar al Monarca en su viaje.

Apenas me dejaron tiempo para contemplar el espléndido espectáculo que á nuestra vista ofrecía el despertar del día y el efecto de los rayos del sol naciente iluminando las cumbres del Pirineo á la par que dorando la superficie de las aguas tranquilas como nunca en aquel día.

Un oficial dióme, en efecto, aviso de que el comandante me llamaba, y en el acto pasé á ponerme á sus órdenes.

Era éste un distinguido marino catalán, don José Puig, hombre de exquisita educación y amable como pocos. Sus primeras palabras fueron de simple cortesía, luego me dijo que según órdenes recibidas

yo debía alojarme á bordo durante el viaje, y trató de excusar las pocas comodidades que en el buque podría darme.

Luego me hizo entrega de varios despachos que el duque de Sotomayor le había enviado la víspera, antes de que el Rey se retirara, y me transmitió la orden de comenzar á practicar las sueltas en la forma que creyere conveniente.

Los despachos eran de don Alfonso XIII para su augusta madre y sus hermanas; los había también del Rey para el General Gobernador del castillo de Figueras y para el Capitán General de Cataluña, que se había quedado en Barcelona.

Con tales escritos iban otros del duque de Sotomayor y del conde de Growe para la Reina Madre.

Como al escribirlos se emplearon ya los carnets que teníamos dispuestos, en los que al escribir uno merced al papel de copias que llevaban intercalado las hojas, se sacaban cinco, no tuve más trabajo que arrollar los despachos y colocarlos en los tubos de aluminio que luego se sujetaban á la pata de las palomas, dar agua y comida á éstas en la toldilla del buque y esperar á que S. M. apareciera en el puente para que pudiese ver la suelta.

A las siete se comenzaba á perder de vista la bahía. Por el telégrafo de señales se dió aviso de que el Rey salía de su camarote, y poco rato después él en persona dictaba algunos partes, entre los cuales uno preguntaba que ¿qué hacían las palomas?

La respuesta fué lanzarlas al espacio y comunicar por señales que las sueltas habían comenzado.

Desde aquel momento no tuve punto de reposo. Sin duda D. Alfonso se había propuesto poner á prueba el servicio y con gran contento mío menudeaban las órdenes que recibía el oficial de guardia en el telégrafo de banderas, me traducían los despachos que yo escribía siempre por cuadruplicado y las fieles mensajeras salían sucesivamente con rumbo directo á su destino.

Cuando me hallaba más ocupado en mis tareas, me vi agradablemente sorprendido con la presencia á bordo del ministro de la Guerra general don Arsenio Linares, que con sus ayudantes y el coronel Jordana, que á su vez lo era de S. M., hallábanse también alojados en el *Río de la Plata*.

El general Linares dispuso que su ayudante señor Arraiz, tomara buena nota de la marcha del servicio, cambió conmigo algunas impresiones sobre el mismo, y mostró vivo interés porque el éxito coronara nuestros esfuerzos.

El amigo Puentes, aun sin ser colomófilo de profesión, me ayudaba en mi trabajo y otro tanto hacían los oficiales de á bordo libres de servicio. Entre ellos debo hacer singular mención del segundo comandante D. José M. Barrera, que demostró siempre por mí gran aprecio y ni un momento dejó de estar atento para cuanto pude necesitar.

No siéndome posible abandonar el puente por si

llegaban nuevas órdenes, me desayuné sobre cubierta y así pasé toda la mañana en pleno servicio.

Por fortuna el estado del mar era tan bueno que

recían sus lindos poblados semejando blancas viotas posadas en la orilla.

Sobre las nueve de la mañana divisamos el peque-



El autor de estas Memorias al servicio de S. M. el Rey D. Alfonso XIII (abril de 1904)

el crucero apenas se movía, con gran contento de los de tierra que palidecíamos y sentíamos fríos sudores al simple temor de marearnos.

Así fuimos avanzando en nuestro derrotero, sin perder de vista la costa de Cataluña, en la que apa-

ño puerto de San Feliu de Guíxols, donde la escuadrilla debía recalar para que desembarcara el Rey, que debía pasar en aquella villa unas horas visitando sus famosas fábricas corchotaponeras y las obras del puerto.



Apenas dimos fondo, numerosas embarcaciones vistosamente empavesadas rodearon el yate real, subieron á bordo del mismo las autoridades, y pocos momentos después D. Alfonso y su comitiva desembarcaban.

El *Río de la Plata* descolgó una de sus embarcaciones, en la que tomaron asiento el Ministro de la Guerra con sus ayudantes y el de S. M. Sr. coronel Jordana, don Francisco Peris Mencheta, director y propietario del diario barcelonés *El Noticiero Universal*, y algún otro periodista que con nosotros viajaba, y me disponía á tomar asiento yo, que con un marinero provisto de la consabida mochila portapalomas, proyectaba saltar á tierra por si se necesitaban mis servicios.

Ya tenía los pies en el bote, cuando el oficial de guardia me dió el ¡alto!, rogándome muy cortésmente pasara á ver al comandante.

Este con singular finura me manifestó que, habiéndose dado la orden de que sólo desembarcara el general Linares, ayudantes y periodistas, yo debía quedar á bordo, pues si se me veía podían considerarse desobedecidas las disposiciones de S. M.

Algo me extrañó la orden, pero me sometí lamentando sólo el no poder ser testigo del brillante recibimiento que San Feliu de Guíxols tributaba al Monarca y porque hasta Barcelona no me sería ya posible conocer sus impresiones sobre el servicio palomero.

Pocos días después supe el verdadero motivo de mi *arresto*, pues mi detención á bordo no fué al fin y al cabo otra cosa y la tal orden recibida por el comandante del *Río de la Plata* era concreta para que no desembarcara el Sr. Castelló.

D. Alfonso XIII me hacía el honor de dudar aún del poder de nuestras fieles mensajeras, y creyendo que tal vez yo aprovecharía el telégrafo terrestre para cambiar impresiones con Barcelona, quiso tener la certidumbre de que desde nuestra salida de Rosas hasta aquella, no había podido comunicar más que por medio de las palomas.

Al decir que me dispensaba tal honor, entiendo poner de manifiesto el interés con que el rey seguía la marcha del servicio colomóbilo pues de no ser así para nada se hubiera acordado de retener á bordo á su modesto palomero.

Como unas dos horas se prolongó la escala en San Feliu. Durante las mismas, los oficiales de á bordo me agasajaron cuanto pudieron, se tomaron vistas fotográficas del crucero, se conversó y comentó largo el casi seguro éxito de nuestra empresa y pasé cuentas deduciendo de las mismas que llevaba transmitidos unos 20 despachos, entre los cuales varios para la prensa de Barcelona, previa autorización del Sr. Presidente del Consejo de ministros, y algunos para D. Diego de la Llave, presidente de la Colomóbila que al frente del servicio de recepción, cuidaba en Barcelona de distribuir los despachos á sus destinatarios, enviando á la Capitanía General los que iban destinados á la familia real y á Madrid, para

que desde Barcelona los transmitieran á la Corte por el telégrafo directo que durante aquellos días funcionaba constantemente.

Cuando el Rey volvió á bordo, la escuadrilla siguió su marcha y en todos los buques se sirvió el almuerzo que los palomeros de S. M. tuvieron el honor de compartir con el ministro de la Guerra y el Comandante del *Río de la Plata*, á cuya mesa fueron invitados.

Ni aun para comer tuve punto de reposo, pues con frecuencia me veía obligado á subir al puente para transmitir nuevos despachos que el telégrafo de señales nos seguía dictando.

La reserva y el secreto profesional me impiden insertar el texto de muchos de ellos, pero bien puede permitirme revelar el contenido de uno, que demuestra la alegría y el contento que en aquellos momentos embargaba el ánimo de D. Alfonso XIII y su constante pensar en su augusta madre. Después de todo, el texto no era un secreto, pues los despachos se me dictaban por telegrafía óptica y por lo tanto los leían oficiales y marineros.

Pasábamos frente á las playas de Lloret, aquellas que inspiraron al poeta Camprodón y al maestro Arrieta su inmortal obra *Marina*.

Ante su vista el Rey en persona dictóme lo siguiente:

« A S. M. la reina D.^a María Cristina. — Madrid. En la mar á las 12 h. 45 m. con tiempo magnífico. Todos buenos. — Frente á las playas de Lloret, de la ópera *Marina*, te saluda cariñosamente tu hijo, Alfonso. »

Cuatro horas después este despacho llegaba (vía Barcelona), en poder de la augusta señora.

Al llegar frente á mi pueblo de Arenys de Mar, cuyos habitantes contemplaban el paso de la escuadrilla, disparáronse los cañones *granici-fugos*, en tanto desde la torre de mi quinta Paraíso se saludaba con la bandera nacional al pendón morado de Castilla, que ondeaba en el *Giraldá*.

El Presidente del Consejo, dictóme entonces un despacho para el alcalde de la villa don Francisco Calbetó, y pocos momentos después otro para el de la ciudad de Mataró.

En ambos les daba las gracias en nombre del Rey por las muestras de amor y afecto que los habitantes de la costa de levante del Principado le dieron, á su paso el día antes. En aguas de Masnou saludó la insignia real un crucero italiano, que se unió á la escuadrilla escoltándola hasta Barcelona.

En aquel momento, las tres de la tarde, comenzó á verse claro el puerto de Barcelona, en el que se hallaba anclada una fuerte escuadra francesa cuyas salvas, unidas poco después á las de las baterías de la plaza, envolvieron en densas nubes de humo la flotilla real, que entre vítores y aclamaciones ancló en la rada, en tanto yo lanzaba al espacio el contingente de las palomas sobrantes.

La primera jornada había terminado felizmente después de expedir más de 30 despachos, todos los cuales llegaron felizmente á su destino.

(Continuará)